

1

Espero. Nos mantienen encerradas a oscuras tanto tiempo que ya no sabemos si tenemos los ojos cerrados o abiertos. Dormimos acurrucadas las unas contra las otras como ratas, con la mirada perdida, soñando que nuestros cuerpos se balancean.

Sé cuando una de las chicas se topa con una pared. Empieza a golpearla y a chillar —el sonido es metálico—, pero ninguna de nosotras la ayudamos. Llevamos guardando silencio demasiado tiempo y todo cuanto hacemos es escondernos aún más en la oscuridad.

La puerta se abre.

La luz es escalofriante. Es como la luz del mundo que uno ve por el canal de nacimiento y a la vez como la del cegador túnel que vemos al morir. Horrorizada, me escondo bajo las mantas con las otras chicas, sin querer experimentar lo uno ni lo otro.

Cuando nos dejan salir, avanzamos tambaleándonos, las piernas no nos responden. ¿Cuánto tiempo llevamos encerradas? ¿Días? ¿Horas? El inmenso cielo azul sigue en el mismo lugar.

Formo una fila con las otras chicas mientras los hombres de abrigo gris nos examinan.

Había oído decir que esto pasaba. De donde yo vengo, hace ya mucho tiempo que las chicas desaparecen. Desaparecen de sus camas o de la calle. Le pasó a una chica de mi vecindario. Después de ese incidente, su familia entera se mudó a otra parte para dar con ella o porque sabían que nunca más regresaría.

Ahora me ha tocado a mí. Sabía que las chicas desaparecían, pero no tenía idea de la suerte que corrían. ¿Me asesinarán y se desharán de mi cadáver? ¿Me venderán como prostituta? Todas estas cosas ya han pasado antes. Sólo tengo otra opción más. Podría convertirme en una esposa. Las había visto por la tele, unas bellas adolescentes forzadas a ir cogidas del brazo de un hombre acaudalado al que le faltaba poco para cumplir la mortal edad de los veinticinco.

Las otras chicas nunca llegaban a salir por la tele. Las que no superaban la inspección eran enviadas a los prostíbulos. A algunas las encontraban en las cunetas asesinadas, descomponiéndose, con la mirada clavada en el sol abrasador porque los Recolectores se habían deshecho de ellas sin el menor miramiento. Otras desaparecían como si se las hubiera tragado la tierra y sus familias no volvían a saber de ellas nunca más.

Las secuestran a partir de los trece años, cuando sus cuerpos están lo bastante desarrollados como para tener hijos, y al cumplir los veinte el virus se lleva a las mujeres de mi generación.

Nos miden las caderas para evaluar nuestro vigor, nos abren la boca y examinan los dientes para ver nuestro estado de salud. Una de las chicas vomita. Creo que es la que chillaba. Aterrada, se limpia la boca con el dorso de la mano, temblando. No me dejó intimidar

por la escena, decidida a no llamar la atención ni a mostrarme dispuesta a ayudar.

Me siento demasiado viva en esta hilera de chicas moribundas con los ojos entreabiertos. Sé que sus corazones apenas laten, en cambio el mío me palpita con furia en el pecho. Después de haber estado tanto tiempo encerrada a oscuras en una furgoneta, nos hemos fusionado. Somos una masa sin nombre compartiendo este extraño infierno. No quiero llamar la atención. No quiero llamar la atención.

Pese a todo, la llamo. Alguien se ha fijado en mí. Es un hombre que camina delante de nosotras observándonos. Deja que los tipos con abrigo gris nos palpén mientras nos examinan. Parece amable y complacido.

Sus ojos, verdes, se encuentran como dos interrogantes con los míos. Sonríe. Veo el destello de sus dientes de oro, un signo de riqueza. Qué raro, es demasiado joven como para que se le caigan los dientes. Sigue andando y yo clavo la mirada en el suelo. ¡Seré estúpida! No tenía que haber alzado la vista. El extraño color de mis ojos llama mucho la atención.

Le dice algo a los hombres de abrigo gris. Nos miran a todas y después asienten. El hombre de los dientes de oro sonrío de nuevo mirando hacia mi dirección y luego se sube a un coche que deja una pequeña estela de grava en el aire al alejarse por la carretera.

Metén de nuevo a la chica que ha vomitado en la furgoneta, junto a una docena de otras más, un hombre con abrigo gris se sube también con ellas. Sólo quedamos tres de nosotras. Los hombres intercambian unas palabras y se dirigen hacia donde estamos. «Subid al coche», nos ordenan y les obedecemos. Una limusina

aparcada en un camino de gravilla con la puerta abierta nos está esperando. Estamos en algún camino rural no muy alejado de la carretera. Oigo el rumor del tráfico. Y veo las luces nocturnas de una ciudad empezando a aparecer en la distante bruma purpúrea. No reconozco el lugar. Este camino tan solitario se encuentra muy lejos de las concurridas calles en las que yo vivo.

Las otras dos chicas elegidas avanzan delante de mí, yo soy la última en subirme a la limusina. Los cristales que nos separan del conductor están tintados. Antes de que alguien cierre la puerta, oigo un ruido seco dentro de la furgoneta en la que han obligado a subir a las otras chicas.

Es el primero de lo que reconoceré como una docena más de disparos.

Me despierto en un lecho de satén, sintiendo náuseas y empapada en sudor. Mi primera reacción es acercarme al borde de la cama, donde me inclino para vomitar sobre la lujosa alfombra roja. Mientras escupo y jadeo, alguien empieza a limpiar la alfombra con un trapo.

—Todas reaccionáis de distinta manera al gas anestésico —comenta una voz masculina.

—¿El gas anestésico? —mascullo, y antes de darme tiempo a limpiarme la boca con la manga blanca con encajes del camisón, el muchacho me ofrece una servilleta de tela del mismo intenso color rojo que la alfombra.

—Sale de los conductos de ventilación de la limusina para que no sepáis adónde os llevan —señala.

Recuerdo el cristal tintado que nos separaba del

conductor. De seguro era hermético. Recuerdo vagamente el siseo del gas distribuyéndose por el compartimento trasero del coche.

—Una de las chicas estaba tan desorientada que ha estado a punto de arrojararse por la ventana de su habitación —añade el muchacho rociando con espuma blanca el lugar donde he vomitado—. Por suerte, la ventana estaba cerrada. Es irrompible.

Pese a las horribles cosas que comenta, lo dice en voz baja, incluso con una cierta empatía.

Mirando por encima del hombro contemplo la ventana. Está cerrada herméticamente. Afuera se extiende un mundo de color verde esmeralda y, a lo lejos, azul. Es mucho más bonito que el de mi casa, donde sólo hay polvo y los restos del jardín que mi madre nos dejó y que no he logrado reavivar.

Oigo a una mujer chillar al fondo del pasillo. El chico se pone tenso por un instante. Después sigue limpiando la alfombra con la espuma blanca.

—Si quieres te ayudo —le propongo.

Hace un instante no me sentía culpable por ensuciar este lugar, sé que me han traído a la fuerza. Pero también sé que este chico no tiene la culpa. No puede ser uno de los Recolectores con abrigo gris que me han traído a esta casa. Quizás a él también lo secuestraron. No he oído hablar de la desaparición de ningún adolescente, pero cincuenta años atrás, cuando se descubrió el virus, las chicas también estaban a salvo. Los jóvenes no corrían ningún peligro.

—No hace falta, ya está limpia —responde. Y cuando aparta el trapo, apenas se ve la mancha.

Tira de una clavija en la pared, echa el trapo por la

trampilla de la colada que ha quedado al descubierto y, al soltar la clavija, se vuelve a cerrar. Guarda el aerosol con el que ha limpiado la alfombra en el bolsillo del delantal y, volviendo a lo que estaba haciendo, coge la bandeja de plata que había depositado en el suelo y la deja sobre la mesilla de noche.

—Si te encuentras mejor, aquí tienes el almuerzo. Te prometo que ya no te darán nada más que te haga dormir.

Parece que esté a punto de sonreír. Casi lo hace. Pero se concentra en levantar la tapa de metal de un bol con sopa y otra de un platito con verduras al vapor y puré de patatas nadando en un lago de salsa. Me han secuestrado, drogado y encerrado en este lugar y, sin embargo, me sirven una comida exquisita. La situación me produce una sensación tan repugnante que casi estoy a punto de volver a vomitar.

—¿Qué le ha pasado a la otra chica, la que intentó arrojar por la ventana? —digo sin atreverme a preguntar por la mujer que he oído chillar al fondo del pasillo. No quiero saber nada de ella.

—Ya está un poco más tranquila.

—¿Y la otra chica?

—Se despertó por la mañana. Creo que el Patrón se la ha llevado a dar una vuelta por los jardines.

El Patrón. Recuerdo mi desesperación y sepulto el rostro entre las almohadas. Los Patrones son dueños de mansiones. Les compran sus futuras esposas a los Recolectores que patrullan por las calles para secuestrar a las candidatas ideales. Los que son clementes venden a las chicas rechazadas a los prostíbulos, pero las que yo conocí las metieron como ganado en la fur-

goneta y las mataron a balazos. Mientras estaba adormecida por el gas, oí el primer disparo retumbando en mi cabeza una y otra vez.

—¿Cuánto hace que estoy aquí? —pregunto.

—Dos días —responde él ofreciéndome una taza humeante, y cuando estoy a punto de rechazársela, veo el hilo de la bolsita de té colgando del borde de la taza y huele a especias. Té. Mi hermano Rowan y yo lo tomábamos por la mañana al desayunar y por la noche con la cena. Su aroma me recuerda mi hogar. Mi madre mientras esperaba delante del fogón a que el agua hirviera se ponía a tararear una canción.

Con las lágrimas aflorándome a los ojos, me incorporo y cojo la taza. La sostengo cerca de mi rostro y aspiro el aroma del té. Es todo cuanto puedo hacer para no llorar. El chico debe de haber notado que acabo de registrar impactada que me han secuestrado. Que estoy a punto de hacer algo dramático, como echarme a llorar o intentar arrojarme por la ventana como la otra chica, porque se dirige hacia la puerta. Silenciosamente, sin girarse, me deja a solas con mi dolor. Pero en lugar de lágrimas, al sepultar la cabeza en la almohada sale de mi boca un horrible y primitivo grito. Es una emoción que no sabía que pudiera sentir. Una rabia tan salvaje que me asombra.

2

Los hombres mueren a los veinticinco años. Las mujeres a los veinte. Estamos cayendo como moscas.

Setenta años atrás la ciencia perfeccionó el arte de concebir hijos. Existían remedios para una epidemia conocida como cáncer, una enfermedad que podía afectar cualquier órgano del cuerpo y que solía cobrar-se millones de vidas humanas. El increíble sistema inmunológico con el que se dotó a los niños de la nueva generación erradicó las alergias y las enfermedades estacionales, e incluso les protegió de las enfermedades de transmisión sexual. Los bebés dejaron de concebirse por medios naturales a favor de esta nueva tecnología. La ingeniería genética había creado una generación de embriones perfectos que aseguraba una población sana y exitosa. La mayor parte de esta generación aún vive y está envejeciendo con gracia. Es la primera generación que no le teme a nada, prácticamente inmortal.

Nadie se imaginaba las horribles repercusiones que plagarían a esta generación de bebés tan resistente. Mientras a la primera generación le iba todo de maravilla, y aún le sigue yendo, algo fue mal con sus hijos y

con los hijos de sus hijos. Nosotros, los de las nuevas generaciones, hemos nacido sanos y fuertes, tal vez más sanos que nuestros padres, pero nuestra esperanza de vida es tan sólo de veinticinco años en los hombres y de veinte en las mujeres. Durante cincuenta años los padres han vivido aterrados por la temprana muerte de sus hijos. Los hogares más adinerados se niegan a aceptar esta derrota. Los Recolectores se ganan la vida secuestrando a chicas y vendiéndolas como futuras esposas para que tengan hijos. Los bebés nacidos de estos matrimonios son experimentos. Al menos es lo que mi hermano asegura y siempre lo dice con indignación. Durante una época quiso aprender más sobre el virus que nos está matando, atosigaba a mis padres con preguntas que nadie sabía responder. Pero la muerte de mis padres destruyó su curiosidad. Mi cerebral hermano, que había soñado con salvar al mundo, se ríe ahora de cualquiera que intente hacerlo.

Pero ninguno de nosotros llegó a saber nunca con certeza lo que les sucedía a las chicas secuestradas.

Ahora, al parecer, yo iba a saberlo.

Durante horas doy vueltas por la habitación con este camión de encaje. Perfectamente amueblada, parece que hubieran estado esperando mi llegada. Hay un vestidor lleno de ropa, aunque sólo entro en él para ver si tiene una puerta que dé al desván, como el de mis padres, pero no es así. La madera oscura y reluciente del vestidor hace juego con la del tocador y la otomana. La habitación está decorada con cuadros genéricos: una puesta de sol, un *pic-nic* en la playa. Las tiras de rosales trepadores repletos de capullos del papel de empapelar me recuerdan los barrotes de la cel-

da de una cárcel. Evito mirarme en el espejo del tocador por miedo a volverme loca si me veo a mí misma en este lugar.

Intento abrir la ventana, pero al ver que es inútil, contemplo el paisaje. El sol está empezando a teñir el cielo de tonos amarillentos y rosados y en el jardín hay miles de flores. Fuentes borboteantes. El césped está cortado alternando franjas de color verde claro con otras más oscuras. Cerca de la casa veo una zona rodeada de setos y en el centro una piscina con el agua de un extraño color cerúleo. Es como el paraíso botánico que mi madre imaginaba cuando plantaba lirios en el jardín. Crecían sanos y exuberantes, pese a la suciedad y el polvo. La única época en que hubo flores en nuestro vecindario fue cuando mamá vivía. Ahora sólo hay esos claveles mustios que venden en la ciudad, teñidos de rosa y rojo para el día de San Valentín, y las rosas rojas de aspecto gomoso o reseco de las ventanas. Al igual que los seres humanos, no son sino réplicas químicas de lo que deberían ser.

El muchacho que me ha traído el almuerzo ha mencionado que una de las otras chicas estaba paseando por el jardín y me pregunto si los Patronos serán lo bastante clementes como para dejarnos vagar a nuestras anchas por él. Apenas sé nada de ellos, salvo que uno tiene menos de veinticinco años y el otro casi setenta, ya que este último pertenece a la primera generación, y quedan ya muy pocos. A estas alturas la mayoría de sus coetáneos están hartos de ver a sus hijos morir prematuramente y no están dispuestos a probar con otra generación. Incluso se unen a las manifesta-

ciones de protesta, unos violentos disturbios callejeros que provocan daños irreparables.

Mi hermano. Seguro que al ver que no volvía a casa al salir del trabajo supo enseguida que algo me había pasado. Hace ya tres días que he desaparecido. Debe de estar fuera de sí, me advirtió que me mantuviera lejos de esas furgonetas grises de mal agüero que circulaban lentamente por las calles de la ciudad a todas horas. Pero no fue una de esas furgonetas la que me secuestró. Lo hizo alguien de quien no me lo esperaba.

Pensar en mi hermano solo en esa casa vacía es lo que me empuja a dejar de autocondpadecerme. Es contraproducente. *Piensa*, me digo. Debe de haber un modo de escapar. La ventana no se puede abrir. En el vestidor no hay ninguna puerta, sólo ropa. La trampilla por la que el chico ha echado el trapo sucio sólo mide un palmo de diámetro. Quizá si pudiera ganarme el favor del Patrón se fiaría lo bastante de mí como para dejarme pasear sola por el jardín. Desde la ventana parece que no tenga fin. Pero tiene que terminar en alguna parte. Tal vez pueda encontrar una salida metiéndome por algún seto o trepando por una valla. A lo mejor seré una de esas esposas que asisten a las fiestas que salen por la tele y podré escabullirme sigilosamente entre la multitud. Había visto por la tele muchas de esas chicas secuestradas y siempre me preguntaba por qué no huían echando a correr. Tal vez las cámaras no mostrasen el sistema de seguridad que las rodeaba.

Pero ahora lo que me preocupa es llegar a vivir lo suficiente como para ir a una de esas fiestas, porque

lo único que sé es que me llevará años ganarme la confianza del Patrón. Y dentro de cuatro, cuando cumpla los veinte, ya habré muerto.

Intento girar el pomo de la puerta y para mi sorpresa descubro que no está cerrada con llave. La puerta chirría al abrirse y revela el pasillo.

Se oye el tictac de un reloj. En el pasillo hay varias puertas, la mayoría están cerradas con llave. En la mía también hay un cerrojo.

Avanzo lentamente por el pasillo, mis pies descalzos deslizándose sobre la gruesa alfombra me permiten hacerlo en silencio. Paso ante las puertas, aguzando el oído por si oigo algo, algún signo de vida. Pero sólo escucho ruidos procedentes de la puerta ligeramente entreabierta del final del pasillo. Son gemidos, jadeos.

Me paro en seco, helada. Si entro en la habitación y el Patrón está con una de sus esposas intentando fecundarla, mi situación no hará más que empeorar. No tengo idea de lo que podría ocurrir, podrían matarme o pedirme que me uniera a la fiesta, y no sé cuál de las dos cosas sería peor.

Pero no es así, sólo oigo a una mujer y está sola. Aso-
mo la cabeza cautelosamente por la rendija de la puerta y la abro.

—¿Quién es? —susurra la mujer, y luego se pone a toser por el esfuerzo de haber hablado.

Entro y la descubro tendida en un lecho de satén. Su habitación está mucho más adornada que la mía, hay fotografías de niños colgadas en las paredes y una ventana abierta con la cortina hinchada por la brisa. La habitación es cálida y cómoda, no se parece en nada a una prisión.

En la mesilla de noche hay pastillas, frasquitos con cuentagotas vacíos y varios vasos casi vacíos con líquidos de color. Se incorpora apoyándose sobre los codos y se me queda mirando. Es rubia, como yo, pero su amarillenta piel es lo que más destaca. Me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Quién eres?

—Rhine —respondo en voz baja demasiado nerviosa como para mentirle.

—Es un lugar precioso. ¿Has visto las fotos? —pregunta ella.

Debe de estar delirando, porque no entiendo a qué se refiere.

—No —me limito a responder.

—No me has traído mis medicinas —añade volviéndose a recostar grácilmente sobre la pila de almohadas lanzando un suspiro.

—No —contesto—. ¿Quieres que te las vaya a buscar? —es evidente que está delirando, y si puedo largarme con cualquier excusa, quizá pueda volver a mi habitación y ella se olvide de que me ha visto.

—Quédate —responde dando unas palmaditas en el borde de la cama—. Estoy harta de tantas medicinas. ¿Por qué no me dejan morir en paz?

¿Es éste el futuro de esposa que me espera? ¿Intentarán retenerme en este lugar incluso cuando esté al borde de la muerte?

Me siento a su lado, agobiada por el fuerte olor a medicamentos y deterioro físico que flota en la habitación, aunque también hay un agradable aroma de popurrí de pétalos de flores deshidratados y perfumados. Está por todas partes, nos envuelve, y me recuerda mi hogar.

—Eres una mentirosa —exclama ella de repente—. No venías a traerme las medicinas.

—Yo nunca te he dicho eso —replico.

—Entonces, ¿quién eres? —dice alargando temblorosamente la mano para tocarme el pelo. Me coge un mechón para inspeccionarlo y de pronto sus ojos se llenan de un profundo dolor—. ¡Oh, eres mi sustituta! ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —respondo diciéndole de nuevo la verdad al sorprenderme sus palabras. ¿Su sustituta? ¿Es ella una de las esposas del Patrón?

Se me queda mirando un rato y el dolor de sus ojos empieza a transformarse en otra cosa. En una mirada casi maternal.

—¿Detestas este sitio?

—Sí —respondo.

—Entonces deberías salir a la terraza —exclama sonriendo mientras cierra los ojos. Me suelta el mechón de pelo.

De pronto se pone a toser, manchándome el camisón con la sangre que expectora. Yo había tenido unas pesadillas en las que al entrar en la habitación de mis padres, los descubría asesinados en medio de un charco de sangre, y en esas pesadillas me quedaba paralizada para siempre en la entrada, demasiado aterrada como para huir. Ahora siento el mismo terror. Quiero largarme, adonde sea con tal de no seguir aquí, pero las piernas no me responden. No me queda más remedio que verla toser y jadear, con mi camisón manchado de rojo. Tengo las manos y la cara salpicadas de su cálida sangre.

No sé cuánto tiempo estoy así. Al final una mujer

mayor, de la primera generación, llega corriendo sosteniendo una palangana de metal con agua jabonosa agitándose a su paso.

—Oh, Dama Rose, ¿por qué no me ha llamado con el botón si estaba tosiendo? —exclama la mujer de la palangana.

Me dirijo corriendo hacia la puerta, pero la mujer de la palangana ni siquiera se percata de mí. Ayuda a la chica que tose a sentarse en la cama, le saca el camión y empieza a limpiarla con una esponja empapada en agua jabonosa.

—En el agua habéis puesto medicinas —gime la mujer que tose—. Puedo olerlas. Estoy harta de medicinas. Dejadme morir en paz.

Parece tan desesperada y dolida que, a pesar de mi situación, me da pena.

—¿Qué haces aquí? —susurra con dureza una voz a mi espalda.

Al girarme veo el chico que me ha traído el almuerzo, mirando nerviosamente a su alrededor.

—¿Cómo has salido de la habitación? Vuelve a ella. ¡Rápido!

Es algo que nunca pasa en mis pesadillas, alguien obligándome a actuar. Se lo agradezco. Vuelvo corriendo a mi habitación, pero por el camino choco contra alguien. Al alzar los ojos reconozco al hombre que me ha atrapado entre sus brazos. Su sonrisa centellea con los dientes de oro.

—¡Vaya, hola! —exclama.

No sé si considerar su sonrisa siniestra o amable. Tarda unos instantes en ver la sangre en mi rostro, en mi camión, y entonces me aparta a un lado y corre a la

habitación donde Dama Rose sigue tosiendo sin parar.

Me voy corriendo a mi cuarto. Me saco el camisón de un tirón, me limpio la sangre de la piel con las partes limpias y luego me acurruco bajo la colcha de la cama, tapándome los oídos, intentando olvidarme de esos horribles sonidos. De este espantoso lugar.

Esta vez me despierta el sonido del pomo de la puerta girando. El chico que me había traído antes el almuerzo sostiene ahora otra bandeja de plata. No me mira a los ojos, cruza la habitación y la deja en la mesilla de noche.

—La cena —anuncia solemnemente.

Lo contemplo acurrucada bajo las mantas, pero él no me mira. Ni siquiera alza la cabeza mientras recoge el camisón sucio del suelo, manchado con la sangre de Dama Rose, y lo arroja por la trampilla de la colada. Se gira para irse.

—¡Espera! Por favor —exclamo.

El chico se para en seco.

No sé lo que es —quizá porque tiene mi edad, o porque es un chico tan discreto o tan infeliz en este lugar como yo, pero quiero que se quede conmigo un rato. Aunque sólo sea uno o dos minutos.

—Esa mujer... —digo intentando desesperadamente sacar un tema de conversación antes de que se vaya—. ¿Quién es?

—Dama Rose, la primera esposa del Patrón —responde él girándose.

Todos los Patrones tienen una primera esposa, el

adjetivo no se refiere a que sea la más antigua, sino a su poder. Las primeras esposas acuden a todos los eventos sociales, aparecen en público con los Patrones y tienen el privilegio de gozar de una ventana abierta en su habitación. Son las favoritas.

—¿Qué le pasa?

—Es por el virus —observa él, y al volver la cara hacia mí tiene una mirada de auténtica curiosidad—. ¿Nunca has visto a nadie con el virus?

—No tan de cerca —afirmo.

—¿Ni siquiera a tus padres?

—No.

Mis padres eran de la primera generación, cuando mi hermano y yo nacimos se encontraban en la cincuentena, pero no estoy segura de querer decírselo.

—Hago todo lo posible para no pensar en el virus —le respondo en su lugar.

—Yo también —afirma él—. Después de que te fueras, ella preguntó por ti. ¿Te llamas Rhine?

Como ahora me está mirando, asiento con la cabeza, y al darme cuenta de que estoy desnuda bajo las mantas, me arropo más aún con ellas.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Gabriel —responde.

Y luego casi vuelve a esbozar una deliciosa sonrisa, contenida sólo por la terrible situación en la que me encuentro. Quiero preguntarle qué está haciendo en este horrible lugar de jardines tan bonitos, estanques tan transparentes y setos tan simétricos. Quiero saber de dónde vino y si planea volver a su casa. Incluso quiero contarle mi plan para escapar, es decir, si algún día tengo uno. Pero estos pensamientos son peligrosos. Si

mi hermano estuviera aquí, me diría que no confiara en nadie. Y tendría razón.

—Buenas noches —dice Gabriel—. Es mejor que comas y duermas un poco. Mañana será un gran día —añade en un tono que indica que me espera algo horrible.

Cuando se gira para irse, observo que cojea un poco, esta tarde no lo hacía. Bajo la fina tela de su uniforme vislumbro la sombra de moratones. ¿Son por mi culpa? ¿Le han golpeado por dejar que yo saliera a explorar el pasillo? Son más preguntas que no le hago.

Pero ya se ha ido. Oigo el ruido de una llave girando en el cerrojo.